

HISTORIA Las atrocidades cometidas por Japón en Nankín dejaron decenas de miles de muertos. Un negro capítulo del pasado que sigue condicionando el presente

SANGRIENTO Y CRUEL 'BANZAI' EN NANKÍN



En Nankín murieron entre 100.000 y 300.000 personas, según las diferentes estimaciones. Roger Violett

Por **JACINTO ANTÓN**

Se publica en España un libro de referencia sobre la matanza perpetrada por el Ejército japonés en la ciudad china en 1937

La masacre cometida por las tropas imperiales japonesas en la ciudad china de Nankín es uno de los episodios más abominables de la larga contienda que en Asia se superpuso a la II Guerra Mundial tras precederla. Cuando los alemanes invadieron Polonia en septiembre de 1939, China ya hacía ocho años (desde la ocupación de Manchuria en 1931) que se desangraba víctima de la invasión japonesa y de la guerra de tintes raciales y genocidas que libraba el Ejército del emperador Hirohito y que costó la vida a 10 millones de chinos. En ese contexto, la matanza perpetrada tras la caída el 13 de diciembre de 1937 de la entonces capital de la República China, entre los gritos victoriosos de *banzai*, alcanzó unas cimas de horror, salvajismo y depravación que resultan escalofriantes incluso en una época que vería los espantos de Auschwitz y el frente ruso.

Uno se queda perplejo —además de horrorizado— ante la demoníaca orgía de crueldad que llevaron a cabo las tropas niponas y que ha pasado a la historia como la Violación de Nankín. Durante seis semanas, los soldados, con la complacencia y a menudo las órdenes de sus mandos, asesinaron a más de 100.000 chinos (el historiador Antony Beevor da la cifra de 200.000, 300.000 en otras fuentes, más que las víctimas de Hiroshima y Nagasaki juntas), entre soldados prisioneros y, sobre todo, civiles, incluidos ancianos, mujeres y niños. Lo hicieron con una inquina y un sadismo indignos del Ejército de una nación civilizada: quemaron vivas a sus víctimas, las decapitaron, las mutilaron, despedazaron y vejaron de las maneras más atroces y retorcidas. Muchos cuerpos fueron arrojados al Yangtsé o a los perros. Los testigos —supervivientes, corresponsales japoneses y extranjeros, la comunidad internacional de la ciudad— relatan cómo los militares japoneses destripaban a las embarazadas; cómo violaban en grupo a mujeres de todas las edades y niñas (entre 20.000 y 80.000) y luego les introducían ramas, bambús o sus armas, y hasta palos de golf y petardos; cómo obligaban a los hombres a tener sexo con mujeres de su propia familia y después los empalaban y castraban... En una competición de bestialidad, dos oficiales japoneses llegaron incluso a retarse a ver quién era capaz de llegar antes a la cifra de 100 decapitados con sus espadas de samurái.

Acaba de aparecer en España un libro de referencia sobre aquel infierno en la tierra. Se trata de *La violación de Nankín* (Capitán Swing), de Iris Chang, que se publicó originalmente en 1997 y que es a la vez una obra de historia, un alegato contra el olvido que

han padecido las víctimas y una denuncia de la actitud japonesa hacia ese pasado que la sociedad y el Gobierno del país del sol naciente han tratado mayoritariamente de ocultar o negar envolviéndose a menudo en un manto de victimismo. Chang, estadounidense de padres chinos emigrados, escribió el libro a fin de preservar la memoria de los muertos, devolverles su dignidad, informar al mundo —ella decía que la matanza de Nankín debería ser tan conocida entre los jóvenes como la historia de Ana Frank— y obligar a Japón a aceptar de una vez sus responsabilidades morales, legales y económicas. Los fantasmas de Nankín, como señala Chang —que se suicidó en 2004, con 36 años, tras sufrir presiones y amenazas—, todavía condicionan las relaciones chino-japonesas.

En *La violación de Nankín*, Chang pasa revista a los acontecimientos con minuciosidad científica, pero sin ocultar su espanto y su indignación. Es en ese sentido un libro extraño y apasionante en el que se hibridan una extraordinaria capacidad para la investigación y una profunda y comprometida humanidad. Para Chang, la masacre de Nankín es nada menos que "el Holocausto olvidado de la II Guerra Mundial" y ante ella los japoneses deberían posicionarse como hicieron los alemanes con el genocidio nazi: reconociendo la culpa colectiva en ese y otros capítulos negros de su comportamiento en la contienda, como el uso de armas químicas y bacteriológicas, los experimentos con humanos, el maltrato de los prisioneros aliados o el reclutamiento forzoso de mujeres como prostitutas. Según Chang, la diferencia de actitud tiene mucho que ver con que, por razones geoestratégicas, EE UU estuvo interesado en pasar rápido hoja con Japón. De ahí que se mantuviera a Hirohito en el trono pese a la evidencia de su conocimiento, si no responsabilidad directa, en crímenes de guerra como el de Nankín.

Subyace a la matanza de Nankín una pregunta que tiene que ver con las raíces mismas de la maldad. ¿Cómo es posible que los japoneses hicieran eso? Según algunos estudiosos, parecería que la cultura japonesa, embebida en el código tradicional del Bushido, el

Mientras persista "la amnesia colectiva", asegura el autor, el olvido será una "segunda violación"

camino del guerrero, fuera proclive a los excesos y la violencia militar. Chang opina, sin embargo —en sintonía con investigadores como Laurence Rees (*El holocausto asiático*: Crítica, 2009)—, que cualquier explicación que apele a rasgos característicos japoneses, a una predestinación étnica o nacional, falsea el problema porque en el fondo está relativizando su culpa. En realidad, sostiene, los japoneses son tan proclives a la barbarie (o a la poesía) como lo somos todos. E igual de responsables. El culto ciego al emperador, la presión totalitaria y racista de los extremistas de derechas sobre la sociedad y una educación militar espantosa que exaltaba la brutalidad incluso sobre los propios soldados y proclamaba que rendirse era un deshonor condujeron a los crímenes de Nankín y los demás que cometió el deshumanizado Ejército japonés.

No hay nada, pues, irreductible en el alma japonesa que la incline a la crueldad, sino circunstancias ideológicas e históricas. Los mismos soldados estadounidenses, fueran los voluntarios de Chivington en Sand Creek o la sección de William Calley en My Lai, han dado pruebas históricamente de ser capaces de atrocidades semejantes, incluyendo la confección de macabros recuerdos con el sexo de las mujeres asesinadas.

Pese a no ser algo excepcional en la atrocidad japonesa de hacer la guerra, ni en la propia historia de la guerra, Nankín sí lo es por la escala. Y por la empuñada negativa de una gran parte de la sociedad de Japón a aceptar la evidencia de una matanza que se hizo a la vista del mundo y cuyas víctimas siguen clamando que se las escuche. Mientras eso no suceda y persista la "amnesia colectiva", como denunciaba Chang, el olvido será "una segunda violación".